

Disney

*¿Y si la madre de Bella hubiera
hechizado a la Bestia?*



La Bella y la Bestia

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL



La Bella y la Bestia

UN GIRO INESPERADO

LIBROS 

© 2018 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-16917-48-8
Depósito legal: B. 2.676-2018
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Érase una vez

Érase una vez un reino lejano en el que vivía un joven príncipe en un castillo resplandeciente. Tenía todo lo que deseaba su corazón, y era engreído, egoísta y cruel.

De repente, una noche de invierno, una anciana mendiga llegó al castillo y le ofreció una única rosa roja como la sangre a cambio de cobijo del frío glacial. El príncipe, repugnado por su aspecto pordiosero, miró el regalo con desdén y le prohibió la entrada. Ella le advirtió que no se dejara engañar por las apariencias, ya que la belleza verdadera está en el interior. Cuando él volvió a desdeñarla, la fealdad de la anciana se esfumó y apareció de repente una preciosa hechicera.

El príncipe intentó disculparse, pero era demasiado tarde; ella había visto que él no tenía amor en el corazón. Como castigo, lo transformó en una bestia espantosa y lanzó un poderoso hechizo sobre el castillo y todas las personas que vivían en él.

—Tienes hasta la víspera de tu vigésimo primer cumpleaños pa-

ra ser tan bello por dentro como eras por fuera. Si no aprendes a amar a otra persona, y si ese amor no es correspondido, cuando caiga el último pétalo de esta rosa, tú, tu castillo y todo lo que haya dentro quedaréis hechizados y seréis olvidados para siempre.

Avergonzado por su monstruosa forma, la Bestia se escondió en el castillo. Un espejo mágico era su única ventana al mundo exterior.

Con el paso de los años, perdió cualquier atisbo de esperanza porque, ¿quién podría llegar a amar a una bestia?

Era una historia muy buena.

A menudo entretenía a la mujer que estaba tumbada en su habitación, que parecía un agujero negro, y esposada a una cama dura y fría.

Había disfrutado repitiéndola en su cabeza durante años. A veces, recordaba algunas partes distintas, por ejemplo, cuando la rosa era de un color rosado como un amanecer en el mar. Sin embargo, nunca sonaba tan bien como cuando era roja como la sangre.

Y la parte del final en la que atacan a la hechicera cuando sale del castillo, la arrojan a un carruaje negro y desaparece como por arte de magia en la noche, al no parecerle maravillosa ni esplendorosa, nunca la incluía.

Prácticamente todo el mundo se habría quedado sin ideas en ese punto. Y habría sucumbido a la finalidad que tenía una *oubliette*, la mazmorra en la que olvidarse por completo de sí misma.

Algunos de sus pensamientos eran locuras que giraban sin parar en la tetera en la que se había convertido su cabeza. Si no tenía cuidado, aquellas ideas cogerían demasiada velocidad y luego intentarían escapar por las grietas de su mente. Pero así era como se asentaba la locura, y ella todavía no había llegado a ese punto.

Diez años y casi se había olvidado de sí misma. Aunque no del todo.

Oyó pasos en el pasillo.

Cerró los ojos tan fuerte como pudo para defenderse de la locura exterior que intentaba colarse en su demencia personal y tenebrosa.

Se oían voces de personas que charlaban. Más pasos. El sonido de una mopa repugnante que se deslizaba por el suelo eternamente pegajoso. El tintineo de unas llaves.

—No hace falta limpiar esta habitación. No hay nadie.

—Pero está cerrada con llave. ¿Para qué la iban a cerrar si estuviera vacía?

Tenía que chillar, tenía que reaccionar, tenía que explotar, cualquier cosa menos dejar que volvieran a decir lo mismo que los últimos cuatro mil días, con repeticiones que cambiaban ligeramente:

—Oh, está cerrada con llave. Pero ¿oyes algo dentro?

—Esta puerta está cerrada. ¿Crees que han echado la llave?

—La de aquí está cerrada con llave, pero no recuerdo que pusieran a nadie aquí.

Era como si Dios estuviera ensayando todas las frases posibles en la farsa en la que se había convertido su vida y todavía no le hubiera salido bien del todo.

Los dos minutos siguientes eran tan previsibles como las palabras de un padre a un hijo que sabe que se ha portado mal y se impacienta por la inevitabilidad de las frases que le gritan.

La llave giró en la cerradura.

La puerta se abrió con un chirrido.

Una cara horrible, horrible solamente por lo que tenía de familiar, con la misma mirada de sorpresa de siempre y de todos los días desde que empezó el «para siempre». La propietaria de la cara llevaba una bandeja en la mano que no tenía las llaves. Detrás de ella, en el pasillo, estaba la mujer que pasaba la mopa. Y detrás de ella, un hombre corpulento y callado, listo para contener a cualquiera de los prisioneros que no estuvieran atados.

La prisionera abrió los ojos, su curiosidad era más fuerte que su instinto de supervivencia. Ese día le llevaban cuatro cuencos de caldo en la bandeja. A veces había cinco; otras, tres. Y otras, solamente uno.

—¡Qué suerte que tienes! Te he conseguido uno extra —dijo la que llevaba la bandeja, mientras se ponía bien la falda y el delantal para acomodarse en un taburete sucio.

Esa frase no cambiaba nunca. Ni una vez.

La prisionera gritó, incapaz de contenerse y de anhelar esa cosa cada día, la sopa aguada que se suponía que era comida.

La mujer de la mopa murmuró indignada:

—No he oído nada de que hubiera una nueva, te lo aseguro. Creo que han hecho un buen trabajo al borrar del mapa a todos estos.

—Bueno, aquí tienes una. Eso es, acábatelo todo.

La mujer lo dijo con la misma ternura falsa con la que se expresaba siempre. El cuenco inclinado deprisa, el caldo que goteaba por los lados del cuello de la prisionera, quien, a su pesar, se desesperaba, tirando de las cadenas y sacando la lengua para conseguir hasta las últimas gotas antes de que retiraran el cuenco.

—Ésta tiene edad de ser madre —comentó la mujer de la sopa, sin rastro de emoción o sentimiento—. Imagínate, dejar que tengan niños y que los críen y todo.

—Son como animales. Los animales crían a sus crías, también. No sé por qué los tienen aquí. Que los maten y tema resuelto.

—Oh, dentro de poco, eso seguro —dijo la bruja de la sopa con tono filosófico mientras se ponía de pie—. No duran mucho por aquí.

Pero, en realidad, habían pasado ya diez años.

Aquella vez, la bruja no se molestó en soltar ningún tópico antes de irse. De todas formas, en cuanto cruzaba la puerta, se olvidaba de que la prisionera existía.

Todo sería nuevo otra vez para ella y su horrible compañera al día siguiente... y al otro... y al otro...

Finalmente, la prisionera gritó sin control, mientras se sumía en la oscuridad.

Tenía que empezar la historia de nuevo. Si la contaba otra vez entera, todo se arreglaría.

Érase una vez un reino lejano en el que vivía un joven príncipe en un castillo resplandeciente...

Antes del comienzo

Érase una vez, hace algo más de tiempo que antes, un reino cuyo nombre y existencia hacía tiempo que se habían olvidado. Mientras el resto del mundo luchaba por el control de nuevos territorios al otro lado del mar, inventaba armas cada vez más mortíferas y regalaba generosamente su religión a pueblos extranjeros que no la querían, este reino existía y todo iba maravillosamente bien.

Poseía unas tierras agrícolas fértiles, bosques densos para cazar, una pequeña y cuidada aldea y el castillo de postal más bello que se había visto jamás.

En años más felices, debido a su ubicación apartada en un valle recóndito, atraía a los artistas, los diferentes, los listos: los *charman-tes*. Llegaban allí escapando del mundo moderno en el que se había sumido el resto de Europa. El pequeño reino pasó la era del oscurantismo y el Renacimiento pacíficamente y sin incidentes. Hasta ese momento, se habían librado de las enfermedades del hombre moderno, pero entonces empezaron a llegar.

De todas formas, todavía quedaban algunos adivinos que podían predecir el futuro, agricultores que podían sacar agua de las piedras ante una sequía y artistas que realmente convertían a niños en palomas. Incluso, algunos, transformaban las palomas en niños.

El reino también atraía a los que no tenían poderes, pero sí talentos y rarezas poco habituales y naturales. Eran los que se sentían cómodos entre los otros habitantes. Marginados y soñadores. Poetas y músicos. Bichos raros con buen carácter, que encontraban refugio allí frente a un mundo que no los quería.

Uno de ellos era un joven llamado Maurice. Era hijo de un calderero. Deseaba viajar y se le daba muy bien arreglar e inventar cosas. Sin embargo, a diferencia de su padre, sentía que se avecinaba una gran transformación en la antigua Europa. Sería un cambio maravilloso, mecánico: un futuro lleno de tejedurías impulsadas por vapor, globos que podían llevar a personas a tierras lejanas y hornillos que podían cocinar comida solos.

Estaba decidido a formar parte de aquella revolución. Maurice miraba al pasado (las máquinas de vapor de Herón) y al presente, mientras conversaba con avidez con cualquiera que quisiera escuchar las maravillas que había conocido a través de sus lecturas. Su deseo lo llevó por todas partes, para buscar sin cesar herramientas, pistones y exposiciones de ciencia.

No obstante, se dio cuenta de que una vida errante no le llevaría a ningún lado; necesitaba algún sitio en el que poder sentarse y pensar e inventar cosas grandes de verdad. Máquinas que requirieran fuegos enormes y fundiciones imponentes. Un lugar en el que pudiera guardar todos sus cachivaches.

En definitiva, necesitaba un hogar.

Siguiendo a su corazón y a los rumores, acabó en un rincón de Europa que iba a un ritmo distinto del que había en el resto del mundo.

Primero se detuvo en un pequeño pueblo junto a un río que era perfecto para impulsar los molinos de agua. Sin embargo, después de observar las vidas provincianas de sus habitantes y de soportar sus miradas de horror al ver su carrito lleno de gafas, herramientas y libros, se dio cuenta de que no era el lugar adecuado para él.

Cruzó el río y siguió a través del bosque, hasta llegar al extraño reino en el que no era raro que alguien hablara en voz baja con un gato negro (y que éste le contestara también susurrando) ni tomar algo en la taberna local cuando todavía llevaba las gafas de mica oscura y estaba cubierto de hollín plateado después de la jornada laboral. Ahí encajaría.

Maurice se hizo amigo enseguida de unos jóvenes del pueblo y acabó alquilando un espacio con uno de ellos. Alaric, que estaba más interesado por los animales que por las máquinas, consiguió una habitación barata en la parte trasera de uno de los establos en los que prestaba sus servicios como mozo de cuadra.

El sitio en el que se alojaba era diminuto y apestaba a caballos; sin embargo, permitía acceder a un gran patio común. Maurice no tardó en construir una forja, un horno y una mesa de trabajo.

Aceptaba alegremente cualquier trabajo pesado que le ayudara a conseguir las piezas adecuadas para su último proyecto. Mientras recogía piedras de campos o cargaba a los hombros gavillas de cereal, tenía la mente lejos, pensaba en la resistencia a la tensión de distintos metales, las posibilidades de las aleaciones y en cómo lograr la forma suave y perfectamente cilíndrica necesaria para dar el siguiente paso.

«Maurice, siempre con la cabeza en las nubes», le repetían sus robustos amigos, dándole palmadas en los hombros. Aunque siempre lo decían con una sonrisa y con respeto, de la misma forma que a Josepha, la camarera de la taberna, la llamaban «bruja negra». La camarera pegaba fuertes puñetazos, y los golpes que podía propinar

con un chasquido de los dedos a los clientes molestos eran todavía más potentes.

Al final de verano, todos los jóvenes sanos trabajaban en los campos. Incluso Alaric, que prefería los caballos a la avena. Tostados por el sol y con dolor de espalda, iban tambaleándose hasta el pueblo todas las tardes, con las gargantas secas, pero sin dejar de cantar. Y, por supuesto, se dirigían a la taberna de Josepha.

Una tarde, mientras sus amigos se apiñaban allí, Maurice se quedó rezagado para limpiarse lo mejor posible y para ver con más exactitud lo que sucedía justo en la puerta del local.

Un hombre gigante y de aspecto serio estaba de pie, con las piernas separadas, con una expresión agresiva y una mirada peligrosa. Eso era interesante, pero no tan intrigante como lo demás.

Justo enfrente del hombre, había una de las mujeres más bellas que Maurice había visto jamás. Poseía la elegancia de una bailarina y el cuerpo de una diosa. Su pelo rubio brillaba a la luz del atardecer. Tenía las preciosas mejillas rojas de rabia y los ojos verdes encendidos de indignación.

La chica agitaba una fina varita de madera de aliso para dar más énfasis a lo que decía:

—¡No tenemos nada antinatural! —Sus palabras estaban perfectamente formadas y acentuadas, pero con la emoción estuvo a punto de escupir—. Cualquier cosa que hace Dios es natural, por definición. ¡Y todos nosotros somos hijos de Dios!

—Sois hijos del demonio —dijo el hombre con calma, lentamente, como si supiera que iba a ganar—. Os pusieron aquí como una prueba. Desapareceréis de la faz de la Tierra como los dragones antinaturales que había hace años, bruja bocazas. A menos que te purifiques.

—¿Purificarme? —respondió la chica, que esta vez sí que escupió—. Fui bautizada por el monseñor en persona. Así que, como

mínimo, me he bañado una vez más de las que lo has hecho tú, ¡cerdo!

El hombre hizo un movimiento muy leve hacia su cintura. Por muy buen carácter que tuviera Maurice, había viajado lo suficiente para saber qué indicaba aquel gesto: un cuchillo, una pistola, una torta en la cara. Algo violento.

Maurice se disponía a ayudarla. Sin embargo, todo acabó antes de que pudiera dar un solo paso: se vio un destello más brillante que un relámpago, completamente silencioso. Todo se puso completamente blanco. Al cabo de un momento, Maurice recobró la vista. La chica estaba furiosa y el hombre seguía allí de pie. Era cierto que tenía una pistola en la mano y que había intentado utilizarla, pero había caído a un lado, ya olvidada. El hombre estaba concentrado en un tema más urgente. Donde antes tenía la nariz, había aparecido un hocico rosa y brillante.

—Cerdo... —Maurice repitió despacio, empezando a sonreír—. ¡Cerdo!

Rio para sus adentros y, finalmente, entró en la taberna.

Encontró a Alaric con los de siempre y con alguien nuevo: un joven delgado, demacrado, que estaba encorvado como un insecto. Parecía muy infeliz. Llevaba ropa oscura y la expresión de su cara era nerviosa y arisca. Era el polo opuesto al rubio y risueño mozo de cuadra.

Maurice se acercó a ellos despacio, todavía con la mente puesta en el incidente que acababa de presenciar. No pensaba en el destello de luz ni en el hocico de cerdo, sino en cómo brillaba el sol en el pelo de aquella chica.

Alaric estaba impaciente y le obligó a colocarse rápido entre él y el joven de aspecto demacrado.

—¡Venga, siéntate ya! ¿Conoces al médico? Creo que no. Frédéric, Maurice. Maurice, Frédéric.

Maurice asintió, distraído. No quería parecer maleducado. Sin que se lo pidiera, Josepha le puso una jarra de sidra delante.

—Encantado —dijo Frédéric con tono resuelto, pero triste—. De hecho, no soy médico. Ya te lo he dicho antes. Iba a serlo...

—¿Qué ocurrió? —preguntó Maurice, intentando recordar sus modales. Se fijó en que Frédéric tenía un cristal diminuto y valioso. Seguramente Frédéric procedía de una familia instruida y profesional.

—Mis padres me enviaron fuera antes de que pudiera acabar los estudios. Me hicieron venir a este... pueblecito encantador. Me pagaron para que viniera aquí.

—Frédéric tiene un talento —dijo Alaric, despacio, tirando del borde de la gorra—. Puede ver el futuro.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó Maurice, impresionado.

—En realidad, no, no siempre, solamente un poco —protestó Frédéric, moviendo la cabeza—. Lo justo para que mi familia me exiliara aquí... para que estuviera con «gente como yo» que «lo entenderá». O, posiblemente, para eliminarlo con más magia. Yo estaba en la universidad. Iba a ser aprendiz de un gran cirujano. Iba a ser médico.

Alaric llamó la atención de Maurice por encima de la cabeza de Frédéric y, luego, hizo una mueca.

—He intentado que se venga a vivir con nosotros —declaró el mozo de cuadra, echando un trago de cerveza y quitándose la espuma con un movimiento fácil y bien ensayado.

—No es necesario —explicó Frédéric, sin malicia—. Tengo dinero y no deseo vivir con animales, muchas gracias. Además, ya tengo algo de ingresos extras. El rey y la reina me llamaron para que me ocupara del bebé real. Tenía un resfriado —añadió deprisa—. No tenía nada más, nada que yo, o un médico de verdad, pudiera solucionar. ¡Ignorantes! Total, me han contratado como médico auxiliar y no necesito vuestra caridad, gracias.

—Venga, ¿no quieres estar con un par de jóvenes de tu edad que te pueden enseñar el pueblo? ¿Prefieres alquilar una habitación tú solo en lo alto del desván de alguna viuda? Seguro que hay corrientes de aire.

—Gracias por tu interés —dijo Frédéric de nuevo, mostrándose considerado. Era más una cuestión de que no sabía hacer otra cosa que ser perfectamente educado. Sin embargo, dejaba un extraño vacío en la conversación.

—Alaric, esa chica... —empezó a contar Maurice—... que estaba fuera de la taberna antes... Había una chica rubia preciosa... y transformó la nariz de un hombre en un hocico de cerdo...

—Ah, ¡debe de ser Rosalind! ¡Es muy salada! —exclamó Alaric, riéndose.

—Es un poco excesivo —dijo Frédéric, poniendo mala cara—. Ése es el problema con las brujas.

—Él la estaba insultando —dijo Maurice, que se levantó para defender a una chica que no sabía ni cómo se llamaba un segundo antes—. La acusaba de ser antinatural y le decía que la magia era impura.

Alaric chasqueó la lengua.

—Uf, me temo que en estos días hay muchos casos. Antes de que llegaras, ha habido una pelea horrible. Dos chicos, un *charmante* y otro normal, como nosotros, se han peleado por una chica. Llegaron a las manos, y el *charmante* ganó y el otro murió. Debido a la magia. Enviaron guardias de palacio para que terminaran con el asunto y hubo un altercado, acusaciones en un sentido y en otro. Algunos de los guardias quedaron atrapados en el fuego cruzado... con daños bastante más permanentes que un hocico de cerdo, que, conociéndola, Rosalind eliminará la próxima vez que lo vea.

—Es difícil culpar a los normales, a los que son como tú —dijo Frédéric, con amargura—. Esa gente tiene poderes y puede hacer co-

sas que tú eres incapaz de hacer. Nadie controla su comportamiento y nada ni nadie (ni guardias de palacio ni gente con mosquetes) puede hacer nada con ellos. Ellos... nosotros, supongo... tenemos que ser controlados. O tienen que hacer que seamos menos peligrosos.

—Eran dos chicos que se peleaban por una chica —señaló Alaric, pacientemente—. Pasa cada dos por tres. Mueren por esa razón en duelos normales. Lo que ocurre es que, en éste, resulta que había magia. No te puedes alterar sólo por eso.

—Como mínimo, si tiene que haber... cosas antinaturales..., la gente debería ocultarlas en vez de alardear de ellas. Además, la magia siempre se vuelve contra sí misma. Eso lo sabe todo el mundo. Ella lo debería saber. Me refiero a Rosalind.

—Rosalind —dijo Maurice, que pronunció el nombre con gran deleite.

—¡Oh, no! —exclamó Alaric, con los ojos abiertos como platos—. ¡Maurice! ¡Dime que no es cierto! ¡No tan pronto en nuestra relación!

—Su pelo —dijo Maurice con aire pensativo— es exactamente del mismo color que el interior del horno cuando está lo suficientemente caliente para fundir hierro.

—¡Vaya, hombre! Entonces ya estamos todos seguros —contestó Alaric con un suspiro, cogiendo a Frédéric del hombro amigablemente—. Con frases así, no tenemos que preocuparnos por si, al volver a casa, nos encontramos un lazo en la puerta y nos obligan a buscar otro sitio para pasar la noche.

—He dicho que no voy a ir a vivir con vosotros —repitió Frédéric, con paciencia.

Pero Maurice ya no le escuchaba.